

cieron. El juez Sergio Dunlop, que tomó el proceso, determinó que la cooperativa "fue defraudada en diversas cantidades por personas que se apropiaron indebidamente de dineros que a ella le pertenecían". Hasta Jaime Guzmán pasó días negros porque en él recayó una orden de arraigo, hasta que demostró que él no tenía vínculos administrativos con La Familia. Además, sus hábitos monacales de vida, lo dejaron libre de toda sospecha.

También estuvo en aprietos Luis Cordero, entonces presidente de la Secretaría Nacional de la Juventud y quien fuera samurai de Lavín en el directorio de Televisión Nacional. Cordero admitió que participó en la creación de la cooperativa, pero no en su administración. Dunlop condenó a la directiva de la cooperativa, todos gremialistas: Cristián López a cinco años y un día de cárcel, penas menores para otros directores (Luis Gaete, Alberto Hardessen, Rodrigo Mujica). López, que recién había sido designado por Pinochet para integrar la Comisión de Reforma del Código del Trabajo, huyó del país. No se logró recuperar un peso. El abogado Pablo Rodríguez, que tomó la defensa de las víctimas, sostuvo que el gremialismo había fracasado, por decir lo menos. El sector político también adversario a los gremialistas, los que militaron en el Partido Nacional y conformado por Sergio Onofre Jarpa, tomaron palco en el espectáculo.

El escándalo de La Familia pronto fue ocultado por el régimen. La prensa parametrada, así como obedecía las pautas de la DINA, recibió instrucciones de no hablar más del asunto.

Volvamos a tiempos más recientes. Ya recuperada la democracia, Piñera navegó en aguas difíciles al pretender ser una voz disidente entre tiburones que se beneficiaron con la dictadura.

Piñera empezó a ganarse el calificativo de ser un masoquista en política. Para el sector duro de la derecha, en especial la UDI, él siempre fue un advenedizo. No le perdonan haber participado en el andamiaje del No. A excepción de su hermano José (ministro de Pinochet y precandidato presidencial el 94 y que hoy reside en Estados Unidos), los Piñera se formaron en un hogar democristiano: su padre fue embajador y su hermano Pablo (Polo) fue mandamás en Televisión Nacional y ahora es gerente de operaciones en el MOP (Ministerio de Obras Públicas).

Intrigas, malentendidos, resquemores, se convirtieron en el camino de ruta de la UDI y Renovación Nacional.

Es un matrimonio muy mal avenido con constantes querellas e infidelidades. Antes de la crisis actual surgió el caso de Pía Guzmán. La diputada de RN, al estallar el caso de pedofilia y hacerse un cúmulo de denuncias y acusaciones, involucró a un parlamentario de la UDI —específicamente el senador Jovino Novoa—, lo que motivó su lógica irritación y el pedido de desafuero, que la Corte Suprema rechazó.

Es difícil que puedan restañarse las llagas. Incluso en no piñeristas surgió un sentimiento de orgullo herido, porque la UDI los consideraba sin autonomía y dependientes de sus resoluciones. Quiénes eran Lavín y sus samuráis para entrar en casa ajena, sin pedir permiso, zamarrearlos y darles lecciones de comportamiento.

El temor de Lavín es que el cúmulo de querellas deje grietas irreparables en la Alianza. Ya el diputado Arturo Longton, de RN, afirma que no irá a la reelección. Se retirará de la política y considera que la Alianza está terminada.

Aunque la UDI y RN (ésta última en estado de emergencia) se pusieran de acuerdo acerca de la plantilla municipal (la UDI se reservó las comunas más importantes: Santiago, La Florida, Viña del Mar y Concepción), se teme que a la Alianza le ocurra lo de muchas parejas, que de tanto pelearse y reconciliarse, terminan para siempre.

En todo caso no se necesita ser imaginativo para pensar y gozar de lo que sería un gobierno de la Alianza, y más con un Presidente de la UDI. Un caústico Jaime Celedón podía augurar lo que les ocurriría a los de Renovación: "Que los pille confesados". Lo embromado es que sería el país la víctima de sus querellas y cuchillazos. Una Guerra Civil dentro de La Moneda.

La cuna de la UDI: Con Franco y Pinochet de nanas

H.M.

h ay una nutrida acumulación de genes poco democráticos en el ADN de la UDI. Cuando estuvo en el kinder, en la FEUC, sus pioneros eran hijos de españoles franquistas, como Pablo Longueira y Patricio Melero, o se sentían admiradores del Caudillo como Jaime Guzmán. No tenían un referente mejor. Estados Unidos, con sus fallidas e incomprensibles guerras de Corea y Vietnam, no les atraía. Menos la Cuba de Fidel.

En cambio, Franco —anticomunista y católico, que había impuesto un fascismo a la española— les causaba admiración. ¿No podrían crear ellos una especie de Falange, trasladada de la Madre Patria a esta ex colonia?

Cuando Jaime Guzmán cursaba VI año de Humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones (los Padres Franceses) en Alameda frente a Brasil, presidía la Academia Literaria. En una ocasión dio una charla que tituló "¡Viva Franco, arriba España!" y cuyo texto reprodujo la revista del establecimiento.

Empezó diciendo: "Con profundo respeto y sincera admiración, me permito referirme esta tarde a una de las personalidades más grandes de la época contemporánea y que ha copado los últimos 25 años en la vida política española, el Generalísimo Francisco Franco Bahamondes, Jefe del Movimiento Nacional y Caudillo de España por la gracia de Dios". En seguida habló del estado de postración y anarquía que sufría España en 1936 y de la "gesta emancipadora del Caudillo" (la que terminó, dicho sea de paso, con un millón de muertos).

Guzmán, en la misma forma que lo harían sus gremialistas respecto a Pinochet, negó enfáticamente que Franco fuese un dictador. "Nada puede ser más falso y malévolo..." Solo un retardado mental, sostuvo, podía catalogarlo como dictador. "Su admisión al poder está más que legitimada —añadió— por un pueblo que se levantó en armas por Dios, por España y por Franco".

Entre sus originales argumentos, Guzmán manifestó que era una falacia decir que Franco era un dictador porque permitía un solo partido político, la Falange Española. Esta no era una colectividad polí-

tica, sino que "una organización, que, además de conservar la tradición española y actualizar los principios nacional-sindicalistas, está destinada a agrupar la administración pública". O sea para el adolescente Jaime Guzmán, la Falange era una especie de ANEF. El partido único existía solo en los países comunistas, señaló. Y en España, agregó, no se necesitaban partidos políticos porque bastaba "una organización corporativa de la sociedad, basada en la familia, el municipio y el sindicato, organismos intermedios entre la sociedad y el Estado".

Si la cuna del gremialismo fue mecida por Franco y Pinochet, no puede pedirse a la UDI un comportamiento democrático. Piñera se escandaliza porque Pablo Longueira fuera reemplazado por una directiva a dedo, designada por cuatro señores que se reunieron en un hotel. "De Presidente —dijeron— podríamos colocar al senador Jovino Novoa y así darle un espaldarazo y castigar a la difamadora Pía Guzmán".

En el mismo hotel se reúnen los samuráis —también seleccionados a dedo— y que vienen a reemplazar al directorio o consejo de una colectividad política.

Le asiste razón al sociólogo Manuel Antonio Garretón cuando afirma que la cultura política de la derecha tiene que ver con su formación política. Si ellos se formaron políticamente en dictadura, sus métodos necesariamente dicen relación con esa orientación. La derecha se acostumbró —expresa— a actuar no como oposición —muy necesaria en una democracia—, sino que como un poder fáctico que insiste en ser co-gobierno.

Para el periodista Rafael Otano solo dos personajes, "ambos extrínsecos a los partidos, han logrado disciplinar a la errática derecha política chilena" en años recientes: Jorge Alessandri, que la sometió castigándola, y Augusto Pinochet, que la remodeló avasallándola. Ambos aparecieron duros y hoscós, uno logró su respeto y el otro ser temido.

